

---

*Los comienzos de la comunidad*

Fue la necesidad de vivir radicalmente el deseo y la espera de las promesas del Reino lo que condujo al fundador de la comunidad, Enzo Bianchi, en aquel entonces estudiante universitario de la Facultad de economía y comercio de la Universidad de Turín, a reunir de manera regular, a partir de 1963, en su departamento turinés de la calle Piave 8, a un pequeño grupo de jóvenes católicos, valdenses y baptistas. Comenzaron a leer juntos semanalmente la Escritura, a encontrarse cada tarde para la oración de las *Horas* y a participar, como grupo vinculado a los *domus* del Pro Civitate Christiana, en la celebración eucarística doméstica, convencidos de que solamente haciéndose pobres y pequeños, en la escucha y en el compartir, llegarían a convertirse en el “pequeño rebaño” destinatario de las promesas del Señor (cf. *Lc* 12,32).

En aquel contexto fue madurando y precisándose en algunos miembros del grupo, una vocación a vivir comunitariamente en celibato. El hermano Enzo decidió entonces elegir un lugar de encuentro en las afueras de Turín, un lugar apartado, en la soledad, que sirviera de referencia para todos y donde fuera posible iniciar una vida fraterna. En Bose, aldea del ayuntamiento de Magnano, sobre la gran morrena entre Ivrea y Biela, encontraron una casa muy pobre, la alquilaron, y el grupo de los amigos de la calle Piave organizó un campamento de trabajo para devolver la dignidad a la bellísima iglesia románica de San Segundo, situada a pocos centenares de metros de la granja de Bose. Fue la última actividad común del grupo turinés; ya que cuando el hermano Enzo decidió establecerse en aquella casa pobre, (Bose era en aquel entonces una localidad muy aislada y privada de electricidad,

---

La  
comunidad  
monástica  
de Bose.  
La historia de  
Bose y su  
ubicación en  
la tradición

---

CuadMon 144  
(2003) 59 - 70

de alcantarillados y de acueducto) quedó solo. Sin embargo algunos del grupo de la calle Piave siguieron visitándolo y rostros nuevos se asomaron en busca de una vida de soledad y de un lugar de oración.

De hecho, desde su traslado a Bose, ocurrido el 8 de diciembre de 1965, día de la clausura del concilio Vaticano II; el hermano Enzo vivió casi tres años en profunda soledad. Años preciosos, dedicados por un lado a la oración y a la acogida de los que de vez en cuando pasaban por Bose para un momento de silencio y escucha de la Palabra, y por otro, al ahondamiento de la propia vocación, ya a través de visitas y períodos de estadía en monasterios católicos, (los trapenses de Tamié), ortodoxos (el Monte Athos) y reformados (Taizé, en aquel entonces una comunidad enteramente compuesta por reformados), ya gracias a los coloquios y la amistad con figuras de gran altura espiritual como el P. Michele Pellegrino, arzobispo de Turín, y el inolvidable patriarca de Constantinopla, Atenágoras.

Al peso de la soledad se sumó pronto la incompreensión del obispo local, que el 27 de noviembre de 1967 prohibió toda celebración litúrgica pública en la granja de Bose, por el motivo sobre todo, de la frecuente presencia de no católicos entre los huéspedes del hermano Enzo. Así como había aceptado la prolongada soledad, también aceptó esta medida obedeciendo plenamente, incluso con gran sufrimiento, pues tenía la convicción de que aquel germen de vida tendría sentido sólo si crecía en la Iglesia. Será el P. Pellegrino quien, con su subida a Magnano el 29 de junio de 1968 para un encuentro sobre el tema "La primacía de Pedro" y con la celebración en aquella ocasión de la eucaristía con todos los que se encontraban reunidos en Bose, contribuirá a que se levante el entredicho.

Pocos meses después, en octubre de 1968, acababa la larga espera: dos jóvenes católicos, (Domenico Ciardi y Maritè Calloni) y un pastor reformado suizo (Daniel Attinger), decidieron unirse al hermano Enzo para iniciar una vida comunitaria, junto a una hermana de la comunidad reformada de Grandchamp pedida por el hermano Enzo a la Priora de la comunidad, hermana Minke De Vries.

### *Ayudados por la tradición*

Suscitado y sostenido por la Palabra de Dios, este núcleo inicial buscó enseguida sus propias raíces en la corriente de la tradición monástica, encontrando como compañeros, una gran nube de testigos que los habían precedido en el mismo camino, viviendo las exigencias del radicalismo evangélico a lo largo de la historia, en lugares, circunstancias y épocas diversas, tras las huellas del único Señor y Pastor de cada "pequeño rebaño". De

Pacomio, en particular, tomaron la forma que darían a la comunidad, según el modelo de la santa *koinonía*, en la que cada uno se hace servidor del otro, “lava los pies al hermano», en obediencia al *mandatum novum* recibido por el Señor, (cf. *Jn* 13,1-35).

Lo primero que se adoptó como regla fueron los “sumarios” de los *Hechos de los Apóstoles* (*Hch* 2,42-47; 4,32-35) hasta que pudieran llegar a formular, a partir de la concreta experiencia de vida de la comunidad, una regla propia, según la cual cada hermano y hermana pudiese comprometer definitivamente la propia vida.

El 22 de abril de 1973, en la madrugada de Pascua –habiéndose aprobado la *Regla de Bose* en el capítulo del 4 de octubre de 1971, y confirmada por el cardenal Pellegrino, y después de un ulterior tiempo de preparación– tuvo lugar la profesión de los primeros siete hermanos, delante de Dios y de los representantes de las Iglesias cristianas de las que provenían y a las que continuaban perteneciendo. Asumieron el compromiso definitivo de *vida común y celibato*, con la convicción de que el compromiso de pobreza y de obediencia ya está incluido en las promesas hechas por quienquiera haya recibido el bautismo, única y definitiva consagración del cristiano a Dios.

### *El amor al desierto*

Contada en resumen la historia de los comienzos, es necesario aclarar ahora en qué sentido la comunidad formada y consolidada en Bose en los últimos treinta años, se reconoce en la corriente de la tradición monástica.

Los monjes fueron, desde los primeros siglos de la Iglesia, hombres y mujeres que, para poder vivir la vocación cristiana de modo radical, sintieron la necesidad de apartarse, de vivir en los confines de la sociedad y también de la Iglesia visible, a costa de ser marginales. Un monasterio está situado generalmente en el desierto, próximo a la montaña, a los bosques... Delante de sí tiene la ciudad, un poco alejada pero no muy lejana; detrás de sí, el despoblado, el silencio y la soledad. El monje mira a la ciudad y a la Iglesia: de ellas no se separa nunca, con ellas mantiene contactos, por ellas intercede y reza en una solidaridad total. A veces se atreve a dirigirse a la ciudad y a la Iglesia, con la palabra, con un gesto, con el silencio; pero otras veces, para salvaguardar lo que le ha sido confiado, se ve obligado a volverse hacia el desierto, dando la impresión de que les da la espalda. Pero no hay ningún desprecio en esto: lo que le mueve es solamente su sed de retornar al Señor en el silencio y en la escucha.

Bose quiere definirse como una *comunidad que ama el desierto*: una

comunidad en la cual al silencio y a la escucha de la Palabra, compartida en el círculo de los hermanos, se ha tratado siempre de unir la escucha y la acogida a cada ser humano, para caminar en la compañía de los hombres y conllevar con ellos alegrías y esperanzas, tristezas y angustias.

Así, la vida de cada hermano y hermana de Bose está ritmada por un lado por el servicio de alabanza a Dios en la oración, y por otro, y de modo imprescindible, por el servicio a los hombres, realizado mediante un trabajo profesional, la acogida de los huéspedes, de la gente de paso y de los peregrinos, además del servicio ofrecido a la Iglesia y a las Iglesias.

Si, como dice la *Regla de San Benito*, lo primero respecto a quien desee entrar en el monasterio es verificar “si de veras busca a Dios” (RB 58,7), en Bose se tiene plena conciencia de que solamente siguiendo las huellas de Cristo, es decir sirviendo y dando la vida por cada hombre, es posible buscar al verdadero Dios y no a un ídolo.

¿Por qué amar el desierto? Para llegar a ser expertos en la escucha y el conocimiento del Señor y al mismo tiempo expertos en humanidad. El fin es el amor, la caridad.

La caridad es el *télos*, el fin de la vida cristiana. Por esto la forma de vida elegida por Bose desde los comienzos ha sido la del cenobio, para que todo esté ordenado a la vida y comunión fraterna. Bajo el primado de la Palabra de Dios, todo es puesto en común para que la vida de comunidad sea signo de la comunión trinitaria que se extiende a la creación entera.

### *Un día en comunidad*

Lo segundo para comprender las modalidades del monacato que se intenta vivir en Bose es sencillamente describir el desarrollo de un día en la comunidad.

Para vivir concretamente la primacía de la Palabra de Dios, cada hermano y hermana es invitado a levantarse a las 4.30 hs. y dedicar al menos una hora de tiempo a la *lectio divina* personal de un texto de la Escritura, elegido comunitariamente, subrayando así que la escucha de la Palabra es el único verdadero manantial de la comunión. A las 6.00 hs. sigue el primero de los tres momentos de oración en común del día, el Oficio de la mañana; tal Oficio está estructurado, como gran parte de la liturgia de Bose, según la tradición latina, es decir con un himno, la salmodia, (el Salterio completo es cantado en el lapso de dos semanas), la lectura de la Escritura, la intercesión y la oración; se lee un pasaje del Antiguo Testamento, (que se completa en un periodo de tres años) y uno del Evangelio, (los cuatro evangelios son proclamados enteramente en un año). Después de la oración de

la mañana sigue, desde las 6.45 a las 7.00 hs., el breve capítulo cotidiano, que se inicia con la lectura de las principales reglas monásticas de la antigüedad, junto naturalmente con la regla de Bose; ello da ocasión para la corrección fraterna, las informaciones para el día y la hospitalidad. Desde las 7.00 hs. hasta las 8.00 hs. una ulterior hora de silencio se dedica a la oración personal y la lectura espiritual. A las 8.00 hs. un triple toque de campana señala el fin del gran silencio, (que había empezado a las 20.00 hs. de la tarde anterior con otro triple toque de campana) y el comienzo de la jornada laboral. Desde las 8.00 hs. hasta las 12.00 hs. cada uno atiende a su trabajo profesional, mientras que a las 12.30 hs. vuelven a encontrarse todos en la capilla para la segunda oración en común del día, el Oficio de mediodía, en el curso del cual, después de la salmodia, es proclamado un versículo del Evangelio del día, fruto de la constante *memoria Dei* que debería acompañar cada momento de la vida del monje, a lo cual sigue una breve lectura de los Padres de la Iglesia o de autores espirituales más recientes. Al término del Oficio, según una tradición común al Oriente y al Occidente cristianos, sigue inmediatamente el almuerzo, tomado en silencio escuchando música clásica o, cuando se cree necesario, una lectura de particular importancia para la vida de la comunidad; el silencio da también ocasión para repensar lo que se ha escuchado durante el Oficio de mediodía y para retomar contacto en profundidad con la Palabra de Dios meditada en el curso de la *lectio divina*.

A las 14.00 hs. empieza de nuevo el trabajo, que se prolonga ordinariamente hasta las 17.00 hs., cuando un triple toque de campana señala el comienzo de otra hora que se dedica a la lectura y a la oración en el retiro de la celda, o al orden, las limpiezas, o el lavado de la ropa personal. A las 18.30 hs. empieza la última oración en común del día, el Oficio de la tarde, durante el cual, después de la salmodia, son proclamados los escritos de los Apóstoles, (que se leen todos en el periodo de un año). Sigue la cena, que se desarrolla en un clima de diálogo e intercambio fraterno; para favorecer una comunicación auténtica, no existe un único comedor para la comunidad y los huéspedes, sino varias salas pequeñas y medianas, en cada una de las cuales los hermanos y las hermanas conversan con los huéspedes durante la comida, escuchándose recíprocamente. Por fin a las 20.00 hs. se inicia el gran silencio y cada uno se retira a su celda para la meditación personal, la oración de Completas y el descanso.

## Las estructuras de la vida comunitaria

### *La prueba de la vocación*

El deseo de vivir radicalmente el Evangelio es el único motivo para que un recién llegado sea admitido en la comunidad (cf. *Regla de Bose 3*), previa aceptación de su solicitud por el consejo de los hermanos y hermanas. Después de un período de postulante, cuyos tiempos y modos dependen de la historia personal de cada uno, comienza un tiempo más determinado de noviciado, (alrededor de cuatro años); durante este período el novicio o la novicia es guiado respectivamente por el maestro o la maestra, que lo ayuda en su crecimiento humano y ayuda a la comunidad a obrar un discernimiento acerca de su vocación. Ordinariamente el día de un novicio está dividido en dos partes: la mañana dedicada al aprendizaje y al ejercicio de una actividad laboral profesional, y la tarde, a los estudios y a la formación. Al término del noviciado tiene lugar la recepción litúrgica, que señala ya un compromiso definitivo y total asumido por el novicio de vivir el celibato en la comunidad, con aquellos hermanos y aquellas hermanas que lo recibieron. En la profesión monástica, que tiene lugar después de al menos otros tres años, el hermano o la hermana profesante delante de la Iglesia la vocación recibida y aceptada. En la liturgia de la profesión, la comunidad y la Iglesia confirman al hermano o la hermana en el carisma recibido y reconocen y acogen su ministerio.

La formación de los hermanos y las hermanas es particularmente intensa en el período de noviciado, durante el cual está previsto un cuatrienio de estudios (bíblicos, litúrgicos, patrísticos, monásticos, etc.) que se desarrollan en la comunidad. Cada curso está abierto también a todos los otros hermanos y hermanas, para subrayar que la formación es permanente; a este respecto la comunidad ha hecho cuanto estaba a su alcance para crear una discreta biblioteca, que cuenta ya con más de treinta y cinco mil volúmenes y unas doscientas revistas, y ha instituido la figura de un hermano encargado de vigilar sobre los estudios y sobre la formación.

### *Soledad y oración*

Como hemos visto, la vida común está ritmada por los tiempos de la oración y del trabajo. Además de la oración en común, es fundamental en la vida del monje la *oración* personal. Momento esencial de tal oración es en Bose la *lectio divina* cotidiana sobre los textos bíblicos del día, que cada hermano o hermana lee, medita, reza y contempla bajo la guía del Espíritu.

En la *lectio* es posible emplear diversos instrumentos y comentarios bíblicos, especialmente los de los Padres, para ayudarse a encontrar la unidad entre ambos Testamentos, para descubrir la profecía y su cumplimiento cristológico, pero es importante sobre todo llegar a orar la Palabra para hacer de ella el lugar esencial de la propia obediencia.

Tanto la oración personal como la comunitaria, convergen hacia la *eucaristía*, oración de las oraciones, que es celebrada los domingos y, entre semana, los jueves y las fiestas. La eucaristía dominical es preparada por un Oficio de vigilia el sábado por la noche, durante el cual, mediante una *lectio divina* comunitaria, se intenta penetrar en el mensaje de las lecturas escogidas por la Iglesia para el día del Señor.

La liturgia comunitaria de las Horas y la *lectio divina* cotidiana son pues nuestra oración esencial, diversamente prolongada en el silencio y en la soledad de la celda, por cada miembro de la comunidad.

La *soledad* es un componente esencial para una vida de celibato, pero además es importante, más aún necesaria, para la vida común. Es la sencillez con que se acepta vivir el amor fraterno sin defraudar a los otros. Y es la ocasión para buscar, gracias a la oración que siempre tiene que acompañarla para trasformarla en ocasión de fecundidad, una comunión más profunda en Dios con los demás.

### *Trabajo y pobreza*

Tanto el *trabajo* de cada uno en el interior de la comunidad (cultivo de la tierra, confección de mermeladas, carpintería, tipografía y ediciones Qiqajon, taller de cerámica, redacción de comentarios bíblicos, traducciones, etc.), como al exterior (en la escuela, en la fábrica, en los hospitales), cuyo producto se entrega al hermano encargado de administrar el fondo común, permite vivir del trabajo de sus manos, y compartir así la condición común de los hombres. Todos se ocupan también de los trabajos domésticos: cocina, vajilla, limpieza de la hospedería y de los lugares comunes etc., conscientes de servir así a la comunidad y a los huéspedes.

La *pobreza*, vivida en el trabajo, se entiende como la puesta en común de los bienes ya materiales ya espirituales, como desprendimiento de las cosas y reducción a lo esencial de las exigencias de cada uno, evitando todo apego a cosas y personas, en vista de una mayor unidad interior. Pero todo ello vivido no de manera legalista y mucho menos, cínicamente, despreciando las realidades creadas, sino con agradecimiento, acogiendo y haciendo emerger la belleza y la bondad innata en la creación; lo creado, en efecto, como el apóstol Pablo enseña, es querido y sustentado por Dios, y

espera su liberación para entrar también en la libertad de los hijos de Dios, (cf. *Rm* 8,21).

### *La regla, el prior y la sinodalidad*

La *Regla* de Bose no quiere ser una ley sino un instrumento de comunión, sobre la cual cada uno es llamado a medir la propia pertenencia a la comunidad. Ella recuerda que “el Evangelio es la regla absoluta y suprema”, y también que “tus hermanos y tus hermanas son para ti la regla viviente” Asimismo, la *obediencia* es entendida en sentido radical como obediencia que se dirige a Dios y que encuentra su sacramento en la sumisión a los hermanos y a todas las criaturas, y no se envilece como un simple cumplimiento de la “ley” ni tampoco se limita a la obediencia a la persona que preside. En verdad, la obediencia al prior no es sino una ocasión de obediencia cristiana.

El *prior*, que preside en virtud de los carismas de la solidez y el discernimiento, tiene la tarea de suscitar la unidad en la comunidad. Su calidad de compaginador de la *koinonía*, de “ojo de la comunidad”, su tarea de vigilancia del camino comunitario y de cada miembro de la comunidad, lo asimila a la figura del *præstós* o *paepositus* basiliano. La dinámica de la vida comunitaria ha puesto de relieve otros aspectos de su ministerio: el de guía espiritual, que entrega la Palabra a la comunidad y la interpreta en las varias situaciones que se presentan, y el de padre espiritual de cada hermano o hermana profesa, conforme a la tradición del monacato egipcio.

Junto a la autoridad del prior, la *Regla* de Bose ha previsto desde el principio instrumentos y estructuras dirigidas a favorecer un *camino sinodal* de la comunidad. Si con el cambio de las situaciones, en particular con el crecimiento numérico y espiritual de la comunidad, también han cambiado los instrumentos adecuados para ejercer una corresponsabilidad en la orientación y en la compaginación de la vida comunitaria, es sin embargo convicción constante de los hermanos y las hermanas de Bose que solamente con el concurso de todos y de cada uno es posible una respuesta plena y madura a las exigencias que el Evangelio propone día tras día a la comunidad. Actualmente en la comunidad existe un *discretorio*, para las cuestiones cuya urgencia no haga posible ni oportuno convocar a toda la comunidad; además existen el *consejo*, formado por los hermanos y las hermanas que han hecho la profesión; el *capítulo*, en el que participan todos los que han sido acogidos litúrgicamente en comunidad; y por fin la *asamblea*, en la cual participan todos los que hayan recibido el hábito para la oración litúrgica. El hábito, en efecto, señala en Bose un primer reconocimiento comunitario

del camino de quien ha entrado desde hace poco en comunidad; generalmente es entregado al principio del noviciado.

## Al servicio de los hombres

### *La recepción de los huéspedes y la hospitalidad*

La *hospitalidad* es un ministerio que el celibato permite practicar de modo particularmente intenso. Si varios son los motivos que empujan a muchos de los huéspedes a permanecer unos días en la comunidad de Bose, (pasan más de dieciséis mil por año), creyentes pero también no creyentes, hombres de Iglesia y gente al margen de la sociedad o aun de la Iglesia, única es la actitud con que se trata de acogerlos: "Cada huésped será acogido por ti como Cristo en persona". El monje, que quiere entrenarse en el arte del conocimiento de la divina presencia, tiene que llegar a saber discernir el rostro de Cristo en el huésped y a hacer emerger, en el gran misterio del encuentro con el otro, al Cristo escondido pero presente en cada hombre, también en quien está desfigurado por el mal o afeado por el vicio. El ministerio de la hospitalidad se configura como ministerio de acogida y escucha, asumiendo al huésped en su "alteridad", intercediendo por él ante el Señor, consolándolo en la aflicción, mostrando su solidaridad con el marginado, todo lo cual puede constituir un llamado implícito pero claro para una sociedad a veces tentada de deshumanizar las relaciones interpersonales.

Además de compartir la oración en común tres veces al día y la *lectio divina* cotidiana sobre el Evangelio del día, la comunidad ofrece a los huéspedes días de retiro individual o revisión de vida guiados por un hermano o una hermana de Bose, y encuentros de reflexión sobre temas de particular interés espiritual. En el curso del verano es posible participar en semanas bíblicas y espirituales abiertas a todos, además de semanas de ejercicios espirituales para presbíteros y de cursos bíblicos para niños y muchachos desde los ocho hasta los catorce años.

Consciente de la creciente búsqueda de lugares alternativos a la parroquia, que caracteriza el tiempo presente, la comunidad de Bose recalca, sobre todo con ocasión de la celebración eucarística dominical, a todos los que la visitan, que ella no se siente en absoluto una iglesia local ni desea alejar a los propios huéspedes y amigos de las correspondientes Iglesias a las que pertenecen, o de los lugares cotidianos de trabajo, en los que cada uno es llamado a vivir la propia vocación a la radicalidad evangélica. Bose no quiere ser otra cosa sino un pequeño oasis a lo largo del camino de cuantos desean avanzar, hacia el Reino, en la vida de todos los días.

### *Al servicio de las Iglesias*

Si en Bose se está muy poco propensos a hablar de *fuga mundi* (lo que se busca es más bien una fuga de la mundanidad y de los ídolos ¡que pueden hacerse muy presentes también en el monasterio!), todavía menos se ha encarado o practicado una *fuga ecclesiae*.

La comunidad está inserta en la Iglesia local en la que el Señor la ha querido y desarrolla un ministerio típicamente eclesial ya en el interior de la propia diócesis de pertenencia ya en otras Iglesias locales: predicaciones, retiros espirituales, publicación de subsidios bíblicos, de colecciones de espiritualidad, de textos hebreos y patrísticos.

Desde 1994 como signo de atención hacia la Iglesia local de Asís y en busca de una más profunda comprensión de la pobreza, la comunidad ha abierto una fraternidad de hermanas cerca de la abadía de San Benito en Subasio, momentáneamente cerrada a causa del terremoto de 1997. En 1998 se abrió una fraternidad masculina en Ostuni, una región donde se habían creado profundos lazos de amistad desde los comienzos de la historia de Bose.

Para profundizar las raíces hebreas del cristianismo y para ampliar la propia comprensión de las Escrituras comunes a cristianos y judíos, desde enero de 1981 la comunidad está presente con una fraternidad en Jerusalén, en la cual tres hermanos, un pastor reformado y dos católicos, viven y se esfuerzan por testimoniar la tensión propia de la fe cristiana hacia la paz y la unidad, en la ciudad símbolo de las contradicciones entre las llamadas de Dios y las respuestas del hombre. Además esta presencia en Jerusalén es ocasión de contactos e intercambios fraternos con las otras Iglesias presentes en Israel.

Con todas las Iglesias cristianas, Bose trata de ser un signo de unidad mediante la búsqueda del patrimonio espiritual común. Por eso promovió en 1973 la creación de una fraternidad en el cantón suizo de Neuchâtel (que permaneció abierta hasta 1978), para testimoniar la posibilidad de comunión y colaboración entre católicos y reformados.

En el intento de servir a las otras Iglesias, aprendiendo ante todo a escucharlas y a conocerlas, desde 1993 la comunidad organiza los Congresos ecuménicos internacionales de espiritualidad rusa, que se desarrollan en Bose todos los años en el mes de septiembre y brindan a estudiosos ortodoxos y de otras confesiones cristianas la ocasión de encontrarse y acrecentar la comunión mediante el conocimiento recíproco y el ahondamiento de los tesoros espirituales de las tradiciones propias de cada uno. Con espíritu análogo, desde 1996 la comunidad ha comenzado a promover una serie de

congresos sobre la espiritualidad de la Reforma, en colaboración con las facultades protestantes de Neuchâtel y Estrasburgo.

Consciente de ser pecadora, la comunidad se guarda de criticar con mezquindad las miserias de la Iglesia, pero con la fuerza del Evangelio, que es potencia de Dios, se atreve humilde pero firmemente a llamar a la vigilancia, ante todo a sí misma, y también a todos los que le piden una palabra, contra las tentaciones antievangélicas que ella discierne en la historia y en la Iglesia.

## Conclusión

### *Un signo ofrecido por simples laicos*

En el curso de los treinta años de su historia, la comunidad de Bose se ha enriquecido con rostros nuevos procedentes de numerosas regiones italianas y también del extranjero. Actualmente está compuesta por unos sesenta y cinco miembros, entre hermanos y hermanas, de siete nacionalidades diferentes. Son en su gran mayoría laicos, según la práctica de la tradición monástica primitiva, reafirmando así la sencillez y la poca notoriedad y relevancia que Bose desea asumir en el seno de la Iglesia, a la que quiere servir con la pobreza y la sencillez de quien en el bautismo se ha comprometido a servir al Evangelio. Los dos presbíteros y el pastor presentes en Bose, garantizan los servicios de su ministerio para de la comunidad y para los huéspedes. Desde 1995, la decisión de Mons. Emiliano Timiadis, Metropolitano de la Iglesia ortodoxa de Constantinopla, de vivir en Bose como un hermano después de haber dedicado toda su vida a promover el diálogo y la comunión entre las Iglesias, ha enriquecido a la comunidad con un inestimable regalo del Señor.

Más allá de lo extraordinario de ciertos acontecimientos, suscitados únicamente por la gracia, el sentido y el "objetivo" de Bose consisten en tender a que su vida sea radicalmente evangélica. Por eso cada uno de sus miembros procura la interiorización de las exigencias evangélicas viviendo en la raíz del propio ser la pobreza, la obediencia y el celibato. Cada uno busca la propia unidad interior para ofrecerse de manera indivisa al Señor en un trato asiduo con él, para ser signo creíble y autorizado de unidad y pacificación para los hermanos y para los hombres con quienes se encuentra. En la vida monástica es el Espíritu el que llama, incluso valiéndose de mediaciones humanas, y no la Iglesia a través del ministerio episcopal, como ocurre para los ministerios ordenados. Por esta razón el monacato necesita responder con fidelidad constantemente renovada y creativa a la

llamada del Señor para poder ser un signo creíble. Así, si bien la comunidad puede desempeñar diversos servicios y ministerios allí donde discierna un llamado del Evangelio y donde sea solicitada por la Iglesia, ninguno de ellos constituye, sin embargo, lo específico de la vida monástica que ella se esfuerza por vivir.

*La voluntad de permanecer como un “pequeño rebaño”*

El rebaño ha crecido en número, y a menudo la comunidad no se siente a la altura de la notoriedad que ha ido adquiriendo como signo. A menudo se siente “en el candelerero”, sobre todo en el ambiente eclesial. Ella tiene conciencia de que para poder permanecer fiel al propio llamado y para intentar conseguir el Reino prometido, el rebaño debe permanecer “pequeño”, es decir consciente de no ser más que una comunidad de pecadores que reciben el perdón en la medida en que reconocen el propio pecado y la propia pequeñez. Ella sabe que solamente confiando en el único Pastor, el rebaño podrá ser conducido, todo junto, a la salvación, y por esto, aún conociendo las desconfianzas, las críticas y también las maledicciones de las que a veces es objeto, también de parte de amigos, se interroga incesantemente no sobre el consentimiento o sobre el disenso que suscita en el mundo, sino sobre la calidad y sobre la autenticidad de la propia *sequela Christi*.

Ella sabe que, como nos lo ha recordado nuevamente la experiencia del martirio –que creíamos perdido en algún lejano rincón de la memoria y que en cambio ha reaparecido en el horizonte del cristianismo– la vida de quien se deja sumergir en las aguas del bautismo está de veras *sepultada con Cristo en la muerte (Rm 6,4)*, *escondida con Cristo en Dios (Col 3,3)*, que ella ya ha sido donada a Dios y a cuantos habitan en la tierra, donde vivimos, como recordaba el hermano Christian de Chergé, Prior de la comunidad trapense argelina del Atlas<sup>1</sup>, en su testamento espiritual, pocos meses antes de morir asesinado junto con sus hermanos.

*Si hemos estado completamente unidos a Él con una muerte parecida a la suya, también lo seremos con su resurrección (Rm 6,5)*, continúa Pablo. También nosotros creemos y queríamos profesar con nuestra vida a todos los que encontramos en nuestro camino, que solamente buscando y encontrando una razón por la que merezca la pena morir nos es dado también encontrar una razón para vivir.

Comunità di Bose  
13887 Magnano (BI)

<sup>1</sup> Los siete monjes trapenses asesinados en Argelia en mayo de 1996, secuestrados el 17 de Marzo y decapitados el 21 de Mayo, eran todos de nacionalidad francesa y habían recibido su formación monástica en diversos monasterios de Francia: Bellefontaine, Aiguebelle y Tamié.